



EX LIBRIS

EX LIBRIS

Raj Patel

# Obesos y famélicos

Globalización, hambre y negocios en  
el nuevo sistema alimentario mundial



*Una contradicción muy gorda*

La humanidad produce actualmente más alimentos que en toda su historia, y sin embargo una cifra superior al diez por ciento de la población padece hambre. El hambre de esos 800 millones de personas ocurre al mismo tiempo que otro récord histórico: mil millones de seres humanos sufren hoy en día sobrepeso.

El hambre y el sobrepeso globales son síntomas de un mismo problema. Es más, el camino que podría conducirnos a erradicar el hambre del mundo serviría de paso para prevenir las epidemias globales de diabetes y afecciones cardíacas, y para hacer frente a un montón de males medioambientales y sociales. Los obesos y los famélicos están vinculados entre sí por las cadenas de producción que llevan los alimentos desde el campo hasta nuestra mesa. Guiadas por su obsesión por los beneficios, las grandes corporaciones que nos venden comida delimitan y constriñen nuestra forma de comer y nuestra manera de pensar sobre la comida. En los puntos de venta de la comida rápida es donde con mayor claridad se ven las actuales limitaciones, pues allí apenas podemos elegir entre el McNugget y el McMuffin. Pero aun cuando creemos encontrarnos lejos del ámbito de Ronald McDonald también hay limitaciones ocultas y sistémicas.

Incluso cuando queremos comprar algo sano, algo que nos mantenga alejados del médico, estamos atrapados por el propio sistema que ha creado las «Fast Food Nations» [Países de Comida Rápida, en alusión al libro homónimo de Eric Schlosser]. Intente, por ejemplo, comprar manzanas. En los supermercados de Norteamérica y de Europa, las elecciones están restringidas a media docena de variedades: Fuji, Braeburn, Granny Smith, Golden Delicious y quizá un par más. ¿Por qué éstas? Porque son atractivas: nos gusta su piel lustrada e inmaculada, y tienen un sabor que, para la mayoría del público, es inobjetable; pero también porque soportan ser transportadas a través de largas distancias

y su piel no se daña si son sacudidas en el trayecto desde el huerto hasta la góndola; además, toleran las técnicas de lustrado y los compuestos que permiten el transporte y que las mantienen atractivas en los estantes, son fáciles de cosechar y responden bien a los pesticidas y a la producción industrial. Éstas son las razones por las cuales nunca encontraremos manzanas Calville Blanc, Black Oxford, Zabergau Reinette, Kandil Sinap o las antiguas y venerables Rambo en los estantes. No somos nosotros los que elegimos por nuestra cuenta porque, ni siquiera en el súper, elaboramos nuestro menú a partir de lo que nosotros elegimos, o de la estación o el país en que nos encontramos, ni por la amplísima variedad de manzanas existente, ni por la amplísima gama de alimentos y sabores existentes, sino sometiéndonos al poder de las empresas de la alimentación.

Los intereses de las empresas que producen alimentos tienen ramificaciones que van mucho más allá de lo que nos ofrecen los estantes del súper. Son esos intereses los que generan el olor a podrido en el corazón mismo del sistema alimentario actual. Demostrar la habilidad sistemática de unos pocos, en afectar la salud de la mayoría requiere una investigación global que implica viajar desde los «desiertos verdes» de Brasil hasta la arquitectura de la ciudad contemporánea, y moverse a través de la historia desde la época de los primeros cultivos hasta la batalla de Seattle. Es una pesquisa que descubre las verdaderas causas de las hambrunas en Asia y en África, por qué hay una epidemia mundial de suicidios entre los agricultores, por qué ya no sabemos qué contiene nuestra comida, por qué en Estados Unidos los afroamericanos presentan mayor tendencia al sobrepeso que los norteamericanos blancos, por qué hay vaqueros en el sur de Los Ángeles y cómo el movimiento social más grande del mundo está descubriendo maneras, a mayor o menor escala, de que pensemos y vivamos de un modo distinto respecto a la comida.

La forma de comer alternativa a como lo hacemos actualmente promete solucionar el tema del hambre y las enfermedades relacionadas con la dieta mediante una manera de nutrirnos y de cultivar alimentos ecológicamente sostenible y socialmente justa. Entender qué problemas plantea el modo en que se cultivan los alimentos y cómo se ingieren también ofrece la clave para una mayor libertad y un camino para recuperar el placer de comer. Tan urgente es la tarea como enorme el premio.

En todos los países, las contradicciones entre la obesidad, el hambre, la pobreza y la riqueza se están agudizando cada vez más. Por ejemplo, la India ha destruido millones de toneladas de cereales permitiendo que se pudran en silos mientras que la calidad de los alimentos que comen

los indios pobres es la peor desde la independencia, en 1947. En el año 1992, en los mismos pueblos y aldeas donde la malnutrición había comenzado a atacar a las familias más pobres, el gobierno indio permitió que se colaran en su sistema económico, hasta entonces muy protegido, los fabricantes de refrescos extranjeros y multinacionales de la alimentación. En el plazo de una década, la India ha logrado la mayor concentración de diabéticos del mundo: personas –muy a menudo niños– cuyos cuerpos se han quebrado bajo el peso del consumo excesivo de alimentos inadecuados.

La India no es el único país que padece estos contrastes. Son globales, y están presentes incluso en el país más rico del mundo. En 2005, en Estados Unidos 35,1 millones de personas no sabían si iban a poder pagarse la siguiente comida.<sup>1</sup> Y esto coincide con el momento en que en Estados Unidos hay más comida que nunca en su historia, y también mayor número de personas aquejadas por dolencias relacionadas con la alimentación.

Resulta fácil acostumbrarse a esta contradicción; su versión cotidiana sólo provoca una desazón pasajera cuando, de camino a los supermercados llenos de comida a reventar, nos cruzamos con carteles que nos hablan de gente «hambrienta» y «sin techo». Hay excusas morales que sirven para calmar nuestra conciencia atormentada: los pobres tienen hambre porque son perezosos, o los ricos son gordos porque comen alimentos que engordan. Esta clase de sabiduría popular es muy antigua. De alguna forma, todas las culturas han comprendido que nuestros cuerpos son libros contables donde queda registrado el catálogo de nuestros vicios privados. Sin embargo, las frases inculcatorias no nos sirven para comprender las razones por las cuales hemos llegado a una situación inédita en la que hambre, abundancia y obesidad son conceptos más complementarios que en toda nuestra historia.

La condena moral sólo funcionaría si los afectados hubiesen podido hacer las cosas de forma diferente, si hubiesen tenido opciones. La prevalencia del hambre y de la obesidad afecta a la gente con demasiada regularidad y en demasiados lugares distintos como para que sean consecuencia de algún defecto personal. En parte, nuestro juicio yerra de forma tan notable debido a que todavía interpretamos los cuerpos a la manera antigua, sin darnos cuenta de que los tiempos han cambiado. Aunque en algún momento fuese cierta, la suposición de que tener sobrepeso es ser rico ya no es válida: la obesidad no puede explicarse exclusivamente como la maldición de la opulencia individual. Hay rasgos globales que marcan la diferencia. Por ejemplo en México, un país en desarrollo con un ingreso medio de 6.000 dólares anuales, hay más adolescentes gordos que nunca, aunque el número de mexicanos

pobres aumenta. La riqueza individual no explica por qué los hijos de algunas familias son más obesos que otros: el factor crucial no son los ingresos, sino la proximidad con la frontera de Estados Unidos. Cuanto más cerca viva una familia mexicana de sus vecinos del Norte y de sus hábitos de comida procesada rica en grasas y en azúcar, más sobrepeso sufrirán los niños de esa familia.<sup>2</sup> Que la geografía tenga tanta importancia desmiente la idea de que la elección personal es la clave para prevenir la obesidad o, del mismo modo, prevenir el hambre. Y sirve para retomar el lamento de Porfirio Díaz, el dictador de México a finales del siglo XIX: «¡Pobre México! Tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos».

Uno de los efectos perversos del modo en que nos llega la comida a la mesa consiste en que ahora existe la posibilidad de que padezcan obesidad personas que carecen de los medios necesarios para comprarse alimentos. Los niños que se crían malnutridos en las favelas de San Pablo, por ejemplo, sufren mayor riesgo de obesidad cuando llegan a adultos. Sus cuerpos, afectados por la pobreza de la niñez, metabolizan y almacenan mal los alimentos, por lo que presentan mayor riesgo de retener como grasa la comida de mala calidad a la que tienen acceso.<sup>3</sup> A lo largo y ancho del planeta, los pobres no pueden permitirse comer bien, y esto es cierto incluso en el país más rico del mundo: en Estados Unidos son los niños quienes sufren las consecuencias. Un equipo de investigación indicó recientemente que, si persisten los actuales modelos de consumo, los niños norteamericanos de hoy vivirán cinco años menos, debido a las enfermedades relacionadas con la dieta a las que estarán expuestos en el transcurso de sus vidas.<sup>4</sup>

En cuanto consumidores, se nos incita a pensar que un sistema económico basado en la elección individual nos salvará de los males comunes del hambre y la obesidad. Sin embargo, es precisamente la «libertad de elección» la que ha incubado estos males. Aquellos que pueden dirigirse al súper se quedan pasmados ante la posibilidad de escoger entre cincuenta marcas de cereales azucarados, media docena de tipos de leche con sabor a tiza, estantes de panes tan saturados de productos químicos que nunca se pudrirán y estantes repletos de productos cuyo ingrediente principal es el azúcar. Por ejemplo, los niños británicos tienen la posibilidad de escoger entre veintiocho marcas de cereales para el desayuno, cuyo marketing está dirigido directamente a ellos. El contenido de azúcar de veintisiete de éstos excede las recomendaciones del gobierno. Nueve cereales para niños tienen un contenido de azúcar del 40%.<sup>5</sup> Así pues, no es para nada sorprendente que en el Reino Unido el 8,5% de los niños de seis años y más de uno de cada diez chicos de quince años sean obesos. Y los niveles están aumentando. El ejemplo

de los cereales para el desayuno es un signo de un rasgo global más amplio: las corporaciones que producen alimentos tienen todos los incentivos para vender comida sometida a un procesamiento que la hace más rentable, aunque menos nutritiva. Por cierto, esto también explica por qué hay a la venta muchas más variedades de cereales para el desayuno que de manzanas.

Nuestras opciones tienen límites naturales. Por ejemplo, la gente está dispuesta a comer un número limitado de frutas, hortalizas y animales disponibles en la naturaleza. Pero incluso en este caso, un poco de publicidad nos puede persuadir a expandir el alcance de nuestras opciones. Pensemos en el kiwi, que hace mucho era conocido como la grosella china: para adecuarse a los prejuicios de la Guerra Fría la empresa de Nueva Zelanda que lo lanzó al mercado a finales de la década los 50 le cambió el nombre. Era un sabor con el que nadie se había criado, aunque ahora parece que siempre haya existido. Y mientras agregan lentamente nuevos alimentos naturales a nuestros menús, la industria alimentaria suma todos los años decenas de miles de nuevos productos a los expositores, algunos de los cuales se convierten en elementos indispensables hasta tal punto que, después de una generación, no se puede pensar en vivir sin ellos. Esto es un signo de cuán limitada puede ser nuestra imaginación gastronómica, y también de que no estamos totalmente seguros de cómo, de dónde o por qué ciertos alimentos llegan a nuestra mesa.

### *La Arcadia perdida*

*Old Macdonald had a farm, E-I-E-I-O,  
And on his farm he had a cow, E-I-E-I-O,  
With a 'moo-moo' here and a 'moo-moo' there,  
Here a 'moo', there a 'moo',  
Everywhere a 'moo-moo',  
Old Macdonald had a farm, E-I-E-I-O.\**

Canción popular infantil de  
Carolina del Norte (Estados Unidos)

\* Literalmente: El viejo Macdonald tenía una granja, ia, ia, o / y en su granja tenía una vaca, ia, ia, o / que hacía mu aquí y allá. / Mu aquí, mu allá, / mu por todas partes. / El viejo Macdonald tenía una granja, ia, ia, o. (*N. del ed.*)

El relato de cómo se producen los alimentos, aceptado por casi todos nosotros, se parece a los cuentos de hadas y a los programas infantiles de televisión. No revisamos hoy en día los mitos acerca de la producción de la comida que nos contaron de pequeños, y seguimos aceptando de manera acrítica las leyendas de felicidad pastoril, las historias de campesinos que enterraban una semilla en la tierra, que la regaban y esperaban que el sol saliera para que la planta creciera fuerte y sana. Se trata, sin duda, de una manera de explicar cómo se producen los alimentos. Y glosa sus momentos más importantes. Pero estos cuentos chinos sirven para tapparles la boca a los miles de pobres del mundo rural. Cuando el origen de la comida se reduce a una sola frase de una etiqueta, todo lo que no llegamos a entender, todo lo que ni siquiera comprendemos que tendríamos que preguntar se convierte en un universo inmenso.

Por ejemplo: ¿quién es el personaje central de nuestro relato? ¿El agricultor? ¿Cómo es su vida? ¿Qué es lo que puede comer? Si preguntásemos, lo sabríamos: la mayoría de los agricultores del mundo lo pasan muy mal. Algunos de ellos tienen que vender sus tierras y se convierten en jornaleros en las tierras que antaño habían sido sus propiedades familiares. Otros emigran a las ciudades, o incluso al extranjero. Los hay también que se suicidan.

Las preguntas son interminables. Por ejemplo: ¿qué es lo que planta un agricultor? La mayor parte de las opciones de cultivo que tienen los agricultores vienen estrictamente limitadas por el tipo de tierra que poseen, el clima, su acceso a los mercados, el crédito bancario y un espectro de ingredientes visibles e invisibles en la producción de alimentos. No es el momento de chuparse un dedo, exponerlo al viento y decidir qué estaría bien comer el próximo año. Si tienen esperanzas de vender sus cultivos a cambio de dinero en vez de comérselos ellos mismos, la mayoría de los agricultores tienen pocas opciones, particularmente los del Sur Global (el término que usaré en el este libro para referirme a los países más pobres del mundo).<sup>6</sup> Estarán obligados a plantar los cultivos que el mercado requiere. Al fin y al cabo, el negocio de la agricultura está restringido por las reglas del juego que marca el mercado. Sin embargo, lo que este lenguaje oculta es que el territorio del mercado no es tanto un campo de juego como el filo de una navaja. Si hay lugar para tomar decisiones acerca de lo que se planta, éstas son muy duras y deben optimizar múltiples parámetros, con poco margen de error. El mercado castiga las malas elecciones con pobreza. Para los agricultores que están muy endeudados, esto significa la bancarrota.

Los bancos y los distribuidores de semillas han desarrollado formas nuevas para enfrentarse a la insolvencia que provocan sus actos. Los

contratos de arrendamiento, por ejemplo, reducen a los agricultores a simple mano de obra barata en sus propias tierras. El viejo Macdonald de la canción ahora debe alquilar su granja. No obstante, los campesinos están dispuestos a adaptarse a estos nuevos pactos agrícolas porque no tienen muchas opciones: con los bancos que amenazan permanentemente con la ejecución hipotecaria, cualquier tipo de agricultura, incluso la que destruye el suelo, es mejor que nada. De modo que el agricultor se ve forzado a «elegir» entre estas alternativas, y las otras opciones desaparecen. Al mismo tiempo que decrecen las posibilidades de los campesinos, otros –los grupos poderosos, las corporaciones, los gobiernos– expanden el imperio de sus opciones. En cada etapa de la cadena de producción alimentaria se hacen elecciones en un amplio rango de asuntos que va de lo obvio a lo esotérico. ¿Quién determina los niveles seguros de los pesticidas, y cómo se define «lo seguro»? ¿Quién decide qué es lo que procede de dónde para cocinar? ¿Quién decide cuánto se les paga a los agricultores que cultivan los alimentos, o a los jornaleros que trabajan para aquéllos? ¿Quién decide si las técnicas de procesamiento que se usan son fiables? ¿Quién gana dinero con los aditivos de los alimentos y quién determina si hacen más bien que mal? ¿Quién garantiza que haya energía barata y en abundancia para transportar y combinar ingredientes que proceden de todos los rincones del mundo?

Estas cuestiones tal vez parezcan increíblemente distantes, tan alejadas de nuestra experiencia como compradores de alimentos, que es como si todo esto ocurriera en Marte. Sin embargo, las mismas fuerzas que configuran las opciones de los agricultores también llegan a las góndolas repletas de los supermercados. Al fin y al cabo, ¿quién determina la variedad de artículos que éstos acogen? ¿Quién decide cuánto cuesta cada cosa? ¿Quién gasta millones de dólares en descubrir que el aroma del pan recién horneado y los gemidos de Annie Lennox en los supermercados pueden hacer que los clientes compren más? ¿Quién decide que los precios sean más altos de lo que la gente más pobre puede pagar?

He aquí el meollo de la cuestión. La abundancia relativa de los estantes, los aparentemente bajos precios en la caja y la casi constante disponibilidad de alimentos son nuestra compensación. La «comodidad» nos mantiene anestesiados como consumidores. Así es como nos disuaden de hacer preguntas comprometedoras, no sólo cómo han sido manipuladas nuestras preferencias y nuestros gustos individuales, sino cómo es que nuestra libertad de elección en el momento de llegar a la caja elimina la libertad de elección de las personas que cultivan nuestros alimentos.

Un reciente informe de Oxfam ofrece argumentos para plantearse dónde está el poder a lo largo de la cadena de producción alimentaria. Consideremos el caso de Lawrence Seguya, un cultivador de café de Uganda que nos dice: «Me gustaría que usted le contara a la gente de su país que el brebaje que ellos toman es la causa de todos nuestros problemas». <sup>7</sup> Su evaluación es ampliamente compartida. Salomé Kafuluzi vive en un cafetal con sus trece hijos y nos cuenta: «Estamos sin un céntimo. No somos felices. Fracasamos en todo. No podemos comprar las cosas básicas, nunca probamos carne, ni pescado, ni arroz; sólo batata, frijoles y *matoke* [una especie de puré de banana verde]... No podemos escolarizar a nuestros hijos». El marido de Salomé, Peter, asocia su situación directamente con el precio del café: «Recuerdo cuando el *kiboko* [la palabra local que denomina el grano de café secado al sol] se vendía a 69 céntimos el kilo. Podíamos dormir sin preocupaciones. Podíamos mantener a nuestras familias. Para nosotros es esencial un precio de por lo menos 34 céntimos el kilo. Ni siquiera a 29 céntimos el kilo podemos cuidar de la tierra». <sup>8</sup> Actualmente el precio ronda los 14 céntimos por kilo.

Las leyes de la oferta y la demanda hacen pensar que los cultivadores de café podrían salir del mercado del café y cultivar otra cosa, pero esto presupone que existe otra cosa que pueden cultivar y, a menudo, no la hay. El resultado inmediato de los bajos ingresos agrícolas —y ésta es una ley que cualquiera que vive en la miseria puede corroborar— es una autoexplotación producto del pánico. En vez de tirar la toalla y mudarse a las ciudades o tratar de cultivar otra cosa, los agricultores siembran más café, trabajando hasta el agotamiento y arañando lo que pueden y de donde pueden para lograr mantener algún tipo de estándar de vida; a veces, a su pesar, estropeando el medio ambiente en un intento desesperado por sobrevivir. Esto ha provocado un excedente mundial de café de 900 millones de kilos. Uno puede pensar que con todo ese café en el mercado el precio final habrá bajado, pero hay unas cuantas estaciones en el camino desde los cafetales hasta el fondo de la taza.

Lawrence y su familia viven en una zona muy adecuada para el cultivo de café, de gran altura y terreno accidentado. Esto significa que su tierra sirve para eso y para nada más. El dilema que se les presenta es el siguiente: cultivar café o irse. Sin tener otra posibilidad, cultivan café. Lo venden a un intermediario local a alrededor de 14 céntimos el kilo, y éste luego lo lleva al molino y lo vende a 19 céntimos. El molino lo procesa por 5 céntimos adicionales, que es lo mínimo para poder seguir funcionando. Mary Goreti, que dirige el molino en Kituntu adonde llevan

el café, explica: «En la actualidad, los márgenes de ganancia son muy bajos y la electricidad es cara... Muy poca gente trae *kiboko*. Algunos agricultores lo almacenan en casa porque los precios son muy bajos. Si se mantienen así, el negocio fracasa. No se puede abrir una fábrica para procesar sólo diez sacos».<sup>9</sup> El molino solamente procesa café, por lo tanto, de momento, Mary ha decidido mantenerlo en funcionamiento. Se envasa el café y, con un costo de flete de 2 céntimos por kilo, se manda a Kampala, en donde al llegar el precio ha alcanzado los 26 céntimos. Sin embargo, las enormes ganancias tampoco se logran aquí. Hannington Karuhanga, un gerente de Ugacof (uno de los grandes exportadores de café de Uganda) se da por satisfecho si logra una ganancia de 10 dólares por tonelada, o un céntimo por kilo. Y eso es con el café de calidad, ya que «ni siquiera vale la pena transportar algunas de las variedades que tenemos. Es más barato destruirlas». Sin embargo, las transporta, como parte de toda la compleja coreografía de clasificación, evaluación, seguro y flete que lleva el café hasta el tostador. Cuando este kilo de café desembarca, por ejemplo, en el oeste de Londres, donde Nestlé tiene una planta de procesamiento, cuesta 1,64 dólares el kilo. Ya en la puerta de la planta de Nescafé, el costo por saco es mucho más de diez veces lo que se le pagó a la familia Kafuluzi o a la Seguya. Pero aquí tiene lugar el gran salto: cuando el café sale por la otra puerta, el precio alcanza los 26,40 dólares el kilo, es decir, casi 200 veces el costo de un kilo en Uganda. Mientras que allí los cafetaleros viven de sus ahorros, las ganancias de Nestlé no tienen límite. En 2005 vendieron más de 70.000 millones de dólares en alimentos y bebidas. Con altos niveles de fidelidad a la marca, y con este grado de dominio del mercado, Nestlé podría subir el precio que les paga a los cafetaleros. Pero ¿por qué iba a hacerlo? Nestlé no es una organización de caridad, es una corporación en un mundo de competencia que se rige por la regla fundamental del capitalismo de mercado: «Compra barato, vende caro». Debido a su tamaño, Nestlé puede dictar los términos de oferta a los cafetaleros, a los molinos, a los exportadores y a los importadores, y exprimir al máximo a cada uno de ellos. Si la industria del café en Uganda termina patas arriba, no importa. El Banco Mundial ha hecho ingresar a Vietnam en el mercado global, y está produciendo sacos de café más baratos que ningún otro país. De modo que en cualquier lugar donde se siembra café los agricultores luchan, enfrentados unos a otros a través de enormes distancias debido al mercado internacional, y tienen muy pocas opciones para el futuro. Mientras tanto, los cafetaleros que intentan incrementar el precio tienen que enfrentarse con todo el poder de la industria alimentaria. Recientemente, los cafetaleros etíopes solicitaron registrar como marcas los nombres de las

variedades de café que ellos cultivan –Sidama, Harar y Yirgacheffe–, una medida que podría incrementar sus ganancias en un 25 por ciento. Starbucks, una empresa con una facturación anual igual a las tres cuartas partes del producto bruto interno (PBI) de Etiopía, instantáneamente se opuso.<sup>10</sup> Es una batalla que aún continúa.

Las grandes corporaciones son muy reacias a ceder su control sobre el sistema de la producción alimentaria. Sin embargo, Nestlé, Starbucks y cualquier otra multinacional tienen un coartada sólida como una roca: nosotros. En nombre de los consumidores y de nuestra «libertad», los sueldos se mantienen bajos y se bloquean las oportunidades para que los agricultores incrementen sus ingresos. Y funciona muy bien. En mi supermercado local de Durban, en Sudáfrica, hay 107 tipos de café a la venta, desde una mezcla con achicoria hasta el tipo tostado oscuro más fresco, a lo largo de cinco metros de espacio en las estanterías dominadas por Nestlé. Es una abundancia muy oscura.

### *El reloj de arena*

Hay un exceso de cafetaleros y de bebedores de café, hay muchos molineros y unos cuantos exportadores. Pero hay un cuello de botella en la cadena de distribución, y lo que se puede decir del café es aplicable a muchos otros alimentos. En algunos eslabones de la cadena que liga el campo al plato, el poder está concentrado en muy pocas manos. Para ver gráficamente cómo está concentrado el poder y la forma en que los alimentos se cultivan y se venden, presten atención la figura 1.1. La primera imagen muestra datos sobre Holanda, Alemania, Francia, Reino Unido, Austria y Bélgica. La segunda ofrece datos similares aunque no completamente comparables de Estados Unidos. Las cifras deben ser tomadas con cautela. Por ejemplo, el número total de agricultores que cultivan alimentos para los europeos y los norteamericanos es más elevado que el que se indica aquí, ya que millones de los campesinos que cultivan variedades de frutas tropicales y hortalizas para la exportación viven fuera de los países más ricos del mundo.

Respecto a quién detenta el poder, la clave está allí donde se produce el cuello de botella, no en vano estamos en un mundo donde hay muy pocas empresas que compran y vendan. El ciclo de embarque, procesamiento y transporte por tierra a través de largas distancias requiere mucho capital, de modo que es necesario ser rico para participar en el juego. Además, es un juego que tiene economías de escala, lo cual significa que cuanto mayor sea la empresa, y cuanto más use el transporte y la logística, los costos serán más bajos, y el negocio, más

**Holanda, Alemania, Francia,  
Reino Unido, Austria y Bélgica**

**Estados Unidos**

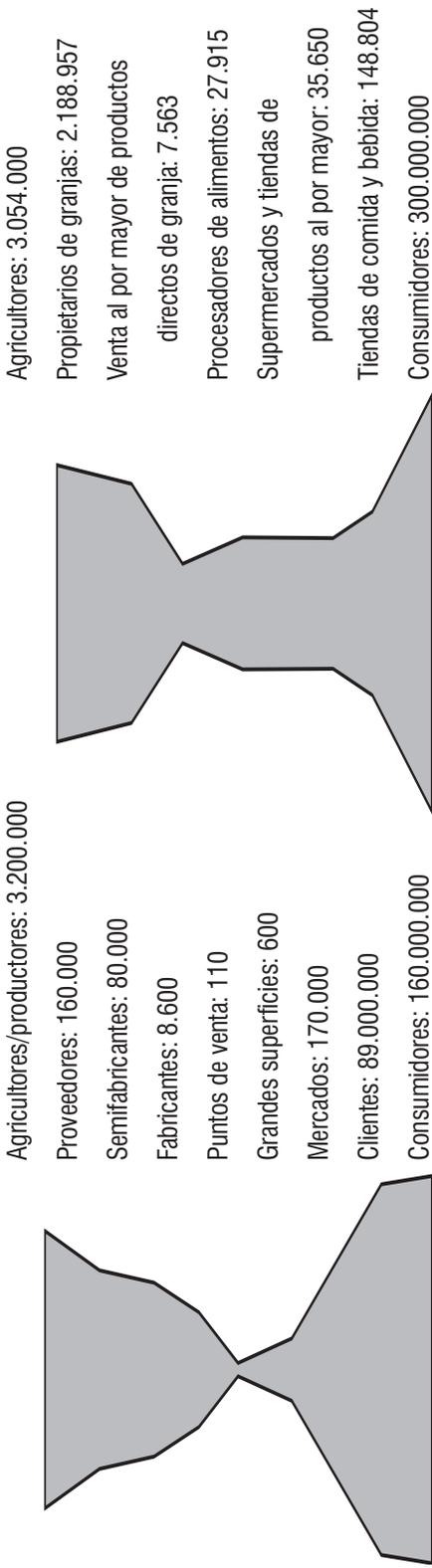


FIGURA 1.1. El reloj de arena: la concentración de poder y los actores en el sistema alimentario.

(Fuente: Grievink 2003, censo de Estados Unidos 2000, Departamento de Agricultura de Estados Unidos, USDA, 2007).

rentable. Al fin y al cabo, no existen entidades de distribución internacional de alimentos dirigidas por una estructura familiar; los peces pequeños han sido devorados por los Leviatanes de la distribución y de la oferta. Cuando el número de empresas que controlan el acceso de los productos de los agricultores a los consumidores es pequeño, ello les proporciona el control del mercado que les permite ejercer su poder tanto sobre quienes cultivan los alimentos como sobre quienes los consumen.

Para averiguar el poder que acumulan estas «corporaciones del cuello de botella» basta con comparar el tamaño de cada sector y de cada uno de sus principales actores. Las grandes superficies y los supermercados facturaron 3,5 billones de dólares en 2004; los fabricantes de semillas, 31.000 millones de dólares al año; en 2004 la industria agroquímica facturó 35.000 millones de dólares,<sup>11</sup> y los ingresos de las corporaciones que realizan los procesamientos de alimentos, 1,25 billones de dólares<sup>12</sup> (simplemente a modo de comparación, pensemos que el PBI de Canadá en 2005 fue de 1,1 billones de dólares).<sup>13</sup> Si el rendimiento de estas industrias parece excesivo, pueden servir de parangón los 240.000 millones de dólares al año que genera la industria global de productos para adelgazar. Y, para acabar de redondear la idea, cabe destacar que los países que tienen dificultades para alimentar a sus poblaciones reciben 2.000 millones de dólares de la industria de la ayuda humanitaria. (Y eso no incluye la industria del petróleo).<sup>14</sup> Mientras tanto, quienes pueden permitirse el consumo se quedan con calorías demasiado baratas que no valen la pena.<sup>15</sup>

Los gigantes del sistema corporativo de producción alimentaria son lo suficientemente grandes como para permitirse no respetar las reglas. Pueden inclinar la balanza. En sus propios países y en escenarios como la Organización Mundial del Comercio, estas corporaciones presionan a los gobiernos para lograr un entorno económico favorable a sus actividades. Los acuerdos comerciales son algunos de los caminos que toman los gobiernos para ayudar a las corporaciones que están en el punto medio del reloj de arena del sistema de producción alimentaria. Además, tienen otras formas de apoyo. Si una inversión en el exterior resulta un poco arriesgada, una agencia de crédito a la exportación financiada con dinero público, o quizá el Banco Mundial, puede ayudar a soportar el riesgo directamente, o persuadir al país receptor de que financie la operación misma. Si un país se niega a aceptar un producto particular por motivos de sanidad, de seguridad o porque afecta al medio ambiente, se puede usar presión diplomática directa.<sup>16</sup> Contra las acusaciones de que simplemente venden favores al mejor postor, los gobiernos se han asegurado de que sus intervenciones en el sistema de producción alimentaria sean consideradas de interés nacional. A menudo

estas posturas son compartidas por las personas que apoyan al gobierno, y no hay ninguna duda de que mucha gente se benefició de iniciativas como el *New Deal* de Estados Unidos, el Estado de bienestar europeo y el sistema de distribución pública de la India. Pero los motivos de los gobiernos raramente son inocentes. Las preocupaciones gubernamentales acerca de la pobreza, por ejemplo, han sido históricamente impulsadas, por ejemplo, por el temor a qué podrían hacer grandes grupos políticamente organizados de gente pobre urbana, enojada y hambrienta, a los ricos urbanos. En el Reino Unido, a principios del siglo xx, Cecil Rhodes fue un apasionado defensor del colonialismo como un modo de silenciar los discursos de los trabajadores encolerizados que pedían pan.<sup>17</sup> Y, de maneras diferentes, los países de Europa y Norteamérica organizaron sus políticas alimentarias para asegurar que los gritos de los ciudadanos hambrientos no provocaran una guerra civil.

Por decirlo con otras palabras, el sistema actual de producción de alimentos no es un acuerdo caído del cielo. Es un compromiso entre diferentes demandas e inquietudes, entre las corporaciones que quieren mayores ganancias y los gobiernos preocupados por las tensiones sociales (u, ocasionalmente, por alguna sonada derrota en las elecciones), y entre los consumidores urbanos. Las comunidades rurales están completamente ausentes de esta historia, y parece que sufren silenciosamente. Y son ellas las que marcan el camino para forjar un nuevo sistema de producción alimentaria. Lo hacen empujadas por la necesidad, puesto que están muriendo.

### *Formas de ser libre*

A nadie le pueden sonar más ridículas las elegías bucólicas, de la vida campestre, que a los miembros de las moribundas comunidades rurales. Mientras que las tierras van cayendo en manos de los bancos, los índices de suicidio entre los agricultores han aumentado notablemente en todo el mundo. Sin embargo, los agricultores y los desposeídos no aceptan las cosas silenciosamente. Siempre han sido rebeldes, y continúan siéndolo. El sistema de producción alimentaria es un campo de batalla, si bien poca gente ha tomado conciencia de la cantidad de bajas. Mientras que los consumidores han comenzado a luchar recientemente con los problemas de cómo comer bien, los agricultores pelean hace mucho tiempo contra la desaparición de sus libertades, y su batalla continúa hoy día. Desde la Asociación de Agricultores del Estado de Karnataka (Karnataka Rajya Raitha Sangha, o KRRS) de la

India, con sus diez millones de miembros, hasta los campesinos de México, hay un puñado de organizaciones que no sólo luchan contra el sistema de producción alimentaria –y a veces mueren en el intento–, sino que construyen alternativas al sistema e intentan vivir con dignidad.

Los grupos de agricultores de Estados Unidos, la India y México, por ejemplo, han llevado sus quejas acerca de los precios bajos desde el campo hasta las barricadas ante las puertas de la Organización Mundial del Comercio, las oficinas de las empresas que compran los productos de su trabajo, como Taco Bell, las oficinas de las corporaciones que se benefician de las ventas de las semillas y de los pesticidas, como Monsanto, o los gobiernos que han sido cómplices de la devastación rural. En Brasil, más de un millón de campesinos sin tierra se han organizado y han ocupado terrenos abandonados. Como resultado, tienen vidas más sanas, más largas y con mejor educación que personas en situaciones comparables en otros lugares. Los miembros de este grupo, el Movimiento de los Trabajadores Rurales sin Tierra Brasileños, forman parte del que quizá sea el mayor colectivo social independiente del mundo: La Vía Campesina,<sup>18</sup> que representa a alrededor de 150 millones de personas<sup>19</sup> e incorpora a grupos del KRRS, con alrededor de veinte millones de miembros en la India, la Unión Nacional de Agricultores en Canadá, la Asociación de Mujeres Coreanas Agricultoras, la Confederación Campesina en Francia y la Unión Nacional Campesina en Mozambique, está casi tan globalizada como las fuerzas contra las que está midiéndose. Es una mezcla de movimientos. Algunos de sus miembros no poseen tierras, otros sí tienen y contratan a los sin tierra; algunos son pequeños productores; otros, medianos. Lo que cuenta como una pequeña granja en Canadá es una hacienda en la India. Por supuesto, no todos los agricultores son iguales, ni tampoco sus organizaciones sociales;<sup>20</sup> incluso dentro de un mismo país hay importantes diferencias. En Estados Unidos, por ejemplo, a los agricultores negros todo les ha resultado claramente más difícil que a los blancos. En 1999 el Departamento de Agricultura estadounidense tuvo que enfrentarse a una de las mayores demandas por discriminación para compensar la flagrante y permanente marginación de los campesinos negros en el desembolso de fondos federales.<sup>21</sup> En 2006, muchos de ellos aún no habían cobrado la compensación del gobierno federal que les corresponde.<sup>22</sup>

En los lugares donde luchan, cada movimiento confronta condiciones específicas, restricciones, oposición y armas. Sin embargo, logran unirse alrededor de un entendimiento común del sistema internacional de la producción alimentaria: la visión que inspira a este libro. Estos movimientos no sólo analizan al mundo en su conjunto, también son

capaces de unirse para la acción de formas complejas y sofisticadas. Cuando en 2004 el maremoto del océano Índico golpeó a agricultores y comunidades de pescadores en Indonesia y en Sri Lanka, el movimiento estuvo presente y ayudó a reconstruir.<sup>23</sup>

Sin embargo, como muestra el reloj de arena, el sistema de producción alimentaria no sólo coloca a los agricultores del lado más débil de los abusos de poder. Los consumidores también están sujetos al poder que tienen las corporaciones sobre el mercado. Por supuesto, como consumidores nuestra posición es ligeramente diferente: podemos modificar el mercado, aunque sea levemente, gastando nuestro dinero en otra cosa, si bien la elección entre Coca-Cola y Pepsi es una «libertad pop», una elección edulcorada. Las organizaciones comunitarias están luchando para lograr un nivel de elección más profundo, y están tratando de revisar nuestras elecciones con ideas que van desde la creación de mecanismos de distribución alternativos de alimentos para gente de color, como la Peoples' Grocery en Oakland, California, hasta la lucha para redefinir qué significa la comida, como los gramáticos gastronómicos del movimiento *Slow Food* están tratando de hacer. Varios grupos en todo el mundo intentan ampliar el sistema de producción alimentaria para devolver las opciones a la gente que cultiva y a la gente que come.

Naturalmente, ningún grupo está libre de contradicciones. No existe ninguna ideología pura que se haya podido materializar, ni ningún lugar divinizado en donde la resistencia sea perfecta e ilimitada. Todos hacemos política con las herramientas que tenemos a mano, en los lugares en que las encontramos. Yo mismo he tenido que tomar partido al presentar las ideas políticas en este libro. Hay movimientos sociales que quieren retrasar el reloj y canalizar el malestar rural hacia un chauvinismo conservador y xenófobo; por ello, en este libro no hay mención de las tradiciones de elementos radicales rurales que, por ejemplo, han dado lugar al Ku Klux Klan.<sup>24</sup> La historia de los movimientos a favor de los «alimentos puros» tampoco tiene lugar en este libro. La Asociación Británica del Suelo, por ejemplo, brindó consejos sobre agricultura a la Unión de Fascistas Británicos en la década de los 30, dado que ambas instituciones estaban interesadas en la pureza de la sangre y del suelo.<sup>25</sup> El deseo de los defensores del medio ambiente de imaginarse un entorno inmaculado y alimentos puros, sin agricultores ni inmigrantes, no es sólo un defecto europeo. El Sierra Club de Estados Unidos también se preocupa de si los inmigrantes pueden estar en el horizonte, o debajo de él.<sup>26</sup>

El propósito de este libro, en cambio, es examinar la lucha por un sistema de producción alimentaria que favorezca una política internacionalista, con visiones tan amplias como la propia globalización

corporativa a la que trata de combatir, formar y suplantar, de movimientos que puedan aceptar a los inmigrantes en vez de perseguirlos. Pese a la desesperación que se vive en los campos, tales movimientos existen, y se unen a través de regalos de semillas, de cultura y de soluciones prácticas. Estos movimientos no son simplemente la «alternativa» al final de una historia desoladora: son el recuerdo constante de que hay que tomar decisiones y tener ideas, no sólo para retrasar el reloj, sino para imaginar algo nuevo. Y esto sólo puede suceder a través de una mirada crítica al punto en que nos encontramos ahora y a los errores que hemos cometido.

### *El menú de los capítulos*

Este libro recorre todo el proceso del sistema de producción alimentaria: comienza con las decisiones que se toman en el campo y termina con las que tomamos para nuestros paladares. En el itinerario me centro en cómo configuran dicho sistema las comunidades de agricultores, las corporaciones, los gobiernos, los consumidores, los activistas y los movimientos. La suma de sus elecciones hace que muchos estén atiborrados y otros muchos desnutridos, que a ambos lados del sistema de producción alimentaria haya gente obesa y empobrecida, y que un puñado de los artífices de este sistema sean extremadamente ricos. Ciertas elecciones generan nuevas maneras de ser libres, de conectar unos con otros y con nuestro mundo; las consecuencias de otras son desoladoras. El capítulo siguiente examina los suicidios de los agricultores y las fuerzas que están destruyendo a las comunidades rurales en todo el planeta. Desde la ciudad resulta difícil ver la violencia, tanto física como económica, a la que las comunidades rurales han sido sometidas. Los efectos de la devastación rural en la ciudad se detectan en la migración, tanto nacional como internacional. El capítulo 3 se ocupa de esta migración y la sitúa en la discusión de uno de los instrumentos más poderosos del cambio rural moderno: el tratado de comercio.

La historia de los tratados de comercio está ligada a la de la ayuda humanitaria, al desarrollo y a la insurrección, y el capítulo 4 se centra en la evolución del sistema global de producción alimentaria después de la Segunda Guerra Mundial. Éste fue diseñado para redistribuir la comida de modo que se pudiese mantener una situación estable, pero las necesidades de los más pobres del mundo nunca estuvieron entre sus prioridades. El capítulo 5 examina a los mayores beneficiarios del sistema de producción de alimentos, las corporaciones agroalimentarias, y el capítulo 6 muestra cómo su poder se ha servido de las ideas

de raza, ciencia y desarrollo para incrementar su control sobre la verdadera fuente de la vida: la semilla. Así, las historias de cada país han sido reescritas para demostrar que no podría haberse optado por ninguna otra solución. El capítulo 7 ofrece un ejemplo concreto de cómo todas estas fuerzas se unen en uno de los cultivos más importantes del planeta: la soja. Sin embargo, la mayoría de nosotros no se enfrenta al sistema de producción alimentaria ni en los campos ni en las fábricas, sino en nuestras elecciones privadas. Por eso el capítulo 8 trata sobre el supermercado, el más moderno y poderoso de los agronegocios en la actualidad. En el capítulo 9 analizamos cómo están formados nuestros gustos y cómo el sistema de producción alimentaria nos obliga no sólo en cuanto consumidores, sino como personas que viven en el mundo. El capítulo final demuestra que hay maneras de recuperar nuestra soberanía y de convertirnos en algo más que consumidores, si reconfiguramos el sistema de producción alimentaria y reescribimos las relaciones de poder que explotan a las personas tanto a la hora de cultivar como a la de comer. No hay garantías de éxito en la dura tarea de comenzar a vivir de otro modo. Pero, a menos que elijamos intentarlo, ciertamente fracasaremos.

# ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN .....	7
<i>Una contradicción muy gorda</i> .....	7
<i>La Arcadia perdida</i> .....	11
<i>Acerca de Joe</i> .....	14
<i>El reloj de arena</i> .....	16
<i>Formas de ser libre</i> .....	19
<i>El menú de los capítulos</i> .....	22
2. UNA AUTOPSIA RURAL.....	25
<i>Y en aquella granja vivía con su esposa</i> .....	25
<i>Ficciones corruptas</i> .....	30
<i>Camino al endeudamiento</i> .....	33
<i>Después de la desesperación</i> .....	35
<i>¿Mató la OMC a Lee Kyung Hae?</i> .....	37
<i>Algunos agricultores son presionados</i> .....	40
<i>Pero ¿dónde se acaba?</i> .....	43
3. TE HAS CONVERTIDO EN MEXICANO .....	47
<i>El NAFTA y después</i> .....	47
<i>El maíz es sólo para los hombres ricos</i> .....	53
<i>En algún momento fueron agricultores</i> .....	56
<i>Más allá de una frontera</i> .....	59
<i>La explicación equivocada</i> .....	62
<i>Agricultura en la ciudad de Los Ángeles</i> .....	67
<i>Lee otra vez</i> .....	69
4. UN GRITO PIDIENDO PAN .....	71
<i>Una historia secreta de los refrescos</i> .....	72
<i>El interrogante de Rhodes</i> .....	78
<i>La guerra fría por la comida</i> .....	82
<i>Después de la ayuda alimentaria</i> .....	85
<i>La Organización Mundial del Comercio</i> .....	89

5. EL CLIENTE ES NUESTRO ENEMIGO.	
BREVE INTRODUCCIÓN AL NEGOCIO ALIMENTARIO GLOBAL .....	93
<i>República bananera permanente: la United Fruit Company</i> .....	93
<i>Variedades de consolidación</i> .....	95
<i>El mercado de los favores políticos</i> .....	100
<i>Dwayne Andreas y la falacia del interés nacional</i> .....	103
6. MEJOR CALIDAD DE VIDA GRACIAS A LA QUÍMICA.....	109
<i>El conocimiento y la iniciativa</i> .....	110
<i>¿Quién sabe qué?</i> .....	119
<i>Las corporaciones se ocupan de las necesidades</i> <i>de los pobres</i> .....	123
<i>Me gustaría agradecer a la Academia</i> .....	127
<i>¡Por África!</i> .....	132
<i>Inventando a Makhathini</i> .....	137
<i>Mejor calidad de vida a través de la química</i> .....	141
7. GLYCINE REX.....	147
<i>El ingrediente secreto</i> .....	147
<i>Una montaña de habas</i> .....	150
<i>Aprendiendo la samba de la soja</i> .....	154
<i>La tormenta perfecta</i> .....	161
<i>Blairo Maggi, el póster de la soja</i> .....	167
<i>La visión desde la distancia</i> .....	173
<i>Los desequilibrios del desarrollo</i> .....	178
<i>El movimiento social más importante del mundo</i> .....	181
<i>Llevarlo a casa</i> .....	187
8. UN VISTAZO A LOS SUPERMERCADOS .....	189
<i>El autoservicio</i> .....	190
<i>Casi Orwell</i> .....	197
<i>666 y todo eso</i> .....	199
<i>Disciplina en los pasillos</i> .....	202
<i>Wal-Mart</i> .....	203
<i>Las cadenas de suministro</i> .....	207
<i>Las contradicciones de la comodidad</i> .....	208
<i>Cada nube tiene un círculo rojo</i> .....	212
<i>Estantes de amor</i> .....	214
<i>En el jardín de los Panteras Negras</i> .....	216
9. CÓMO NUESTRAS ELECCIONES NOS ELIGEN A NOSOTROS.....	221
<i>Acerca de los lugares, del sabor y de la comida</i> .....	221

<i>La comida es de Marte</i> .....	223
<i>El trigo es mortal</i> .....	226
<i>Adictos a las comidas preparadas</i> .....	229
<i>El presente de la comida</i> .....	233
<i>La guerra contra los obesos</i> .....	238
<i>Sentir la quemazón</i> .....	242
<i>¿Tu ritmo o el mío?</i> .....	245
<i>Anti-malbouffe</i> .....	249
10. CONCLUSIÓN.....	255
<i>Dentro del reloj de arena</i> .....	255
<i>Somos sólo nosotros y nosotros mismos</i> .....	262
<i>Siguiendo al líder</i> .....	275
NOTAS.....	279
BIBLIOGRAFÍA.....	315
AGRADECIMIENTOS .....	359